

Ronald Alfaro-Redondo

La presente publicación no ha sido pensada para tratar de manera exclusiva la descripción de los resultados de las elecciones de 2018 en Costa Rica. No obstante, la información recabada aquí tiene mucho que decir sobre los comicios más atípicos de los últimos 65 años en el país. En su lugar, se trata de un texto sobre las múltiples circunstancias, factores y aspectos que originaron los resultados conocidos. En otras palabras, no es un documento estrictamente descriptivo.

El objetivo de estas páginas es trascender la mera presentación de resultados que, aunque siguen siendo útiles, sus aportes a la comprensión de las causas de dichos comportamientos son limitados. Este texto versa, entonces, sobre los fundamentos de la movilización y las preferencias de los votantes durante la última elección de la segunda década del siglo XXI.

En cada uno de sus ocho capítulos, el presente documento aporta genuinas interpretaciones y novedosas lecturas sobre lo que activó al electorado costarricense en la coyuntura estudiada. Su énfasis y aportes más destacables son, sin duda, las contribuciones metodológicas. La amplia colección de técnicas y recursos innovadores de investigación, provenientes además de múltiples disciplinas académicas y escasas veces reunidos en un mismo texto, abordan temas poco examinados o estudian tópicos desde ángulos raramente explorados en los estudios electorales locales. Los principales hallazgos de los diferentes capítulos contribuyen a comprender por qué pasó lo que pasó en 2018, así como sus repercusiones en el sistema político y la sobrevivencia de la democracia.

El texto no sigue el orden clásico de los análisis poselectorales en el que se analiza primero el contexto en el que se celebraron las elecciones, seguido del comportamiento de los votantes, los resultados y, por último, los atributos y características de los representantes electos. A diferencia, en los primeros capítulos se discuten los cambios de la participación electoral en el largo plazo, las dinámicas territoriales y la influencia de las identidades políticas en la conducta electoral. Estos aportes mencionados se complementan con otros textos que profundizan en el análisis de la información recabada de las redes sociales, en el *Votómetro* y en los perfiles del conservadurismo

y su relación con sus preferencias políticas. Además, se aporta un capítulo sobre racionalidad e irracionalidad política que sitúa a 2018 en una perspectiva teórica más amplia.

Respecto a lo citado, el presente documento tiene un doble valor. En primer lugar, cada capítulo está escrito para ser leído, comentado, criticado y analizado por separado. En ese sentido, los lectores pueden debatir con los argumentos y los supuestos de los investigadores, así como con sus resultados. Por otra parte, el texto en su conjunto aporta una mirada fresca y genuina sobre el conjunto de fuerzas que estimularon las (in)decisiones de la ciudadanía a lo largo de la campaña. El objetivo es, pues, que el lector pueda disponer de una mirada extendida además del tradicional repaso específico a los fenómenos.

En el capítulo introductorio, Vargas Cullell y Alpízar plantean un supuesto central que recorre todo el libro. Los autores argumentan que la democracia costarricense contemporánea experimenta fuertes tensiones y desafíos producto de la acumulación de múltiples disfuncionalidades de su sistema político. Esta no es una condición exclusiva de nuestro país, dado que otras democracias atraviesan procesos similares, aunque con intensidades y repercusiones diferentes.

No obstante, en el caso particular costarricense, una democracia considerada madura y estable, hay razones de peso para pensar que, si bien es cierto que sus bases políticas siguen siendo sólidas y resistentes, las disfuncionalidades mencionadas han abierto la puerta para el surgimiento de escenarios de riesgo que han incrementado su vulnerabilidad. Es decir, existe una amenaza latente de inestabilidad democrática producto de desafíos políticos postergados que, de no ser atendidos de manera oportuna, podrían derivar en rupturas con el sistema político.

A pesar de ello, Vargas Cullell y Alpízar concluyen que Costa Rica no califica como un caso de regresión democrática. La ampliación de derechos civiles, sociales y políticos en las dos décadas del presente siglo, junto con el fortalecimiento del control de legalidad, soportaron las embestidas de la antipolítica. Por tanto, lo que ocurrió fue un caso de “democratización de la democracia”, con pasos en la dirección correcta combinados con rezagos importantes.

Responder a la pregunta de si el sistema político costarricense es inmune a las arremetidas antidemocráticas no es una tarea sencilla. Por el momento, los actores políticos se han resistido a las tentaciones antiliberales a pesar del escenario multirriesgos prevaleciente. Sin embargo, eso no garantiza que ese riesgo se pueda materializar en el futuro dada la persistencia de algunas de esas condiciones.

El contexto de mayor vulnerabilidad de la democracia costarricense coincide con un período de profundas transformaciones políticas, entre las que cabe mencionar el debilitamiento de las agrupaciones políticas, la emergencia del multipartidismo y la caída en la participación electoral. En efecto, la combinación de estos factores ha tenido fuertes repercusiones en el respaldo obtenido por los partidos.

Una de las características relevantes de las elecciones recientes es la heterogeneidad de los apoyos territoriales partidarios. En marcado contraste con la época bipartidista, en la que los partidos sobresalían por conquistar respaldos “nacionalizados” (entendidos estos como distribuciones de votos de proporciones similares en las provincias del país), los apoyos a los partidos en las últimas dos décadas se han “desnacionalizado”, como lo demuestran Cascante, Gómez y Camacho en el segundo capítulo.

Como ejemplo de estas disparidades territoriales, en dos elecciones recientes el partido político ganador triunfó sólo en las provincias del Valle Central, y en otra, la contienda la ganó la agrupación que se adueñó de la periferia, aunque perdió el voto urbano. La ocurrencia de estas disparidades territoriales no se da como un fenómeno aislado; por el contrario, se constituye como una característica predominante de la era política actual.

Dada la prominencia de este patrón geográfico, los autores indagan por qué algunos candidatos ganan una elección sin triunfar en la mayoría de los territorios en disputa. Para ello, los autores estudian, de manera pormenorizada, la distribución territorial de los apoyos electorales de ganadores y perdedores. Se trata entonces de una minuciosa mirada al comportamiento electoral desde la perspectiva espacial. Finalmente, se llega a concluir que el territorio es un espacio dinámico en el que se expresan fracturas electorales y políticas.

En el capítulo 3, Alfaro plantea que la reducción de la afluencia de electores a las urnas tiene serias implicaciones para la supervivencia y la consolidación de la democracia. En circunstancias en las que grandes porciones del electorado no concurren a las urnas, se acostumbra a cuestionar la legitimidad de las autoridades. Tradicionalmente, los episodios de menor participación se interpretan como una señal de débiles apegos de los ciudadanos a las normas y los valores que rigen las democracias.

La disminución de la participación se considera, a menudo, como una señal de insatisfacción o desconexión de los votantes con el sistema político. Sobre todo para los nuevos votantes, esto podría tener un impacto dramático al desencadenar un efecto duradero en el comportamiento político de los individuos.

El texto aporta una mirada comparada sobre la evolución de la participación electoral a lo largo de medio siglo. Al analizar la categoría de las democracias maduras, el principal hallazgo de este análisis revela dos cosas: primero, que las democracias maduras han experimentado una reducción drástica en la participación electoral en el largo plazo. En segundo lugar, la tendencia es muy similar cuando se comparan las elecciones presidenciales y las parlamentarias.

Al estudiar el caso de Costa Rica en profundidad, el autor plantea una alarma preocupante: el análisis de la participación electoral desagregado por edades en las últimas diez elecciones, entre 1982 y 2018, refleja grandes disparidades intra e intergeneracionales. En estas condiciones, el

mayor riesgo es que la propensión de menor participación electoral observada desde 1998 se “congele” por varias décadas o incluso se profundice al impactar de manera significativa a los votantes primerizos.

En el capítulo 4 se discute un tema poco explorado en los estudios de la democracia costarricense: las identidades políticas. En la literatura especializada en la que se analizan las razones por las que la ciudadanía vota, predominan las teorías que ponen énfasis en la evaluación del desempeño del gobierno, la situación de la economía, los atributos sociodemográficos como el género, la edad o la educación. Menor énfasis se les ha otorgado a las identidades políticas como un factor movilizador del electorado. Utilizando las elecciones de 2018 como laboratorio, Alfaro busca llenar ese vacío y, con ello, contribuir a la comprensión de las motivaciones y disparadores del comportamiento electoral.

En específico, el argumento central de este capítulo plantea que, cuando las creencias cívicas y los vínculos partidarios de los ciudadanos son fuertes, es decir, cuando se posee una identidad estable, la misma determina la disposición a votar y sus preferencias electorales. En consecuencia, ese sector del electorado se decide temprano en la campaña y su disposición a votar será alta, por lo que su volatilidad será baja. Por el contrario, en circunstancias en las que las identidades se erosionan, aumenta la indecisión, crece la volatilidad de las preferencias de los votantes y disminuye la motivación para votar.

A modo sintético, el tipo de identidad política fue determinante para comprender la conducta de los electores. La predominancia de identidades transitorias y débiles en la campaña electoral de 2018 generó las condiciones idóneas para un escenario de alta y prolongada indecisión de los votantes con importantes repercusiones políticas. En el capítulo se argumenta que son las identidades políticas las que movilizan electoralmente a los ciudadanos y que, cuando esas identidades se debilitan, se crean las condiciones políticas idóneas para una alta incertidumbre electoral derivada de la indecisión y la desmotivación para votar.

Por otra parte, en la primera década del siglo XXI las redes sociales irrumpieron en la política como un factor interviniente en la conducta de los individuos. Desde entonces, buena parte del tráfico de información electoral se genera en las redes o desde ellas. La elección de Barack Obama en 2008 mostró las potencialidades de las redes sociales para movilizar o activar al electorado. Enseguida, las estrategias de la campaña de Obama fueron replicadas en distintas latitudes con resultados mixtos.

En Costa Rica, el uso masivo de las redes sociales para efectos electorales fue más tardío (mediados de la segunda década) y los análisis de la información de redes se limitó, por mucho tiempo, al mero conteo de los “me gusta” y de las publicaciones compartidas, dejando sin respuesta un sinnúmero de preguntas e inquietudes.

En las elecciones de 2018, en medio de un panorama de elevadísima incertidumbre, los candidatos y partidos desplegaron múltiples y variados esfuerzos en las redes para conquistar al electorado. Los efectos de esas estrategias fueron distintos según los candidatos y la forma en la que evolucionaba la campaña.

El capítulo 5, desarrollado por Gómez y Durán, llena dos vacíos fundamentales en la literatura. En primer lugar, el texto desmitifica la idea de que un buen candidato o una buena campaña electoral es aquella que es capaz de producir mayor volumen o tráfico de información en sus redes. Era común pensar que, a mayor tráfico en redes (con independencia del contenido), mejor era para la campaña. No obstante, nada más alejado de la realidad.

Usando una novedosa y compleja estrategia de investigación, basada en el análisis de todas las reacciones (un mar de datos) a las publicaciones de la totalidad de los candidatos a la Presidencia de la República, los autores demuestran que más que un asunto de mucho tráfico, el principal desafío de los aspirantes es construir una imagen positiva durante la campaña. El segundo vacío que llena el texto de Gómez y Durán es la ausencia de estudios que trasciendan el conteo de los “me gusta” y “compartir” en las reacciones a las publicaciones en las páginas de los aspirantes. A partir de un minucioso análisis de sentimientos, los investigadores aportan sólida evidencia que muestra que generar reacciones positivas es más importante que poseer más comentarios que sus contrincantes.

Conocer las opiniones y maneras de pensar de la ciudadanía es una tarea de enorme importancia durante las campañas electorales. Tradicionalmente se han utilizado encuestas o estudios de opinión con muestras representativas a nivel nacional. Sin embargo, las limitaciones de este tipo de métodos son evidentes y las alternativas a ellos escasean.

El sofisticado estudio de redes sociales en 2018 se complementó con el análisis de una aplicación nueva para el estudio de las preferencias de los votantes denominada Votómetro. Esta herramienta, inspirada en experiencias internacionales, tuvo una notable acogida en la sociedad costarricense. La aplicación fue visitada 289.971 veces en su versión para la primera ronda y 37.026 veces en la segunda ronda. El objetivo de esta herramienta fue incursionar en aplicaciones web de uso masivo para explorar nuevas áreas de análisis con herramientas del *big data*, aplicadas a estudios electorales y de cultura política.

La información recopilada permitió perfilar las preferencias sociales y políticas de los ciudadanos en una amplia variedad de temas. En el rico y agudo análisis de Gómez en el capítulo 6 quedan documentadas las continuidades y transformaciones en la visión de mundo de la ciudadanía. Este texto revela que los costarricenses siguen siendo estatistas, son más anuentes a reformas que mejoren la eficiencia de la gestión política, pero están divididos en la agenda progresista versus conservadurismo.

Según estos análisis, la agenda sobre la convivencia social impactó al proceso electoral estudiado como a ningún otro. Los datos reflejan que las cuestiones sobre la familia, el matrimonio igualitario, el aborto, las guías de sexualidad y las creencias religiosas polarizaron la contienda y evidenciaron la existencia de dos visiones claramente definidas: una con identidades sociales que profesan los valores más tradicionales, conservadores en materia social, y otra que adopta posiciones más progresistas en esos aspectos. Esa dicotomía polarizó en gran manera a la sociedad en el período electoral e influyó en los resultados, tanto en primera como en segunda ronda, incluso por encima de otros asuntos críticos como el desempleo, el déficit fiscal o la inseguridad ciudadana. Sin duda, estas visiones transformaron las identidades sociales y políticas en la población en temas poco relacionados con las luchas partidarias tradicionales. En conclusión, hasta la campaña electoral de 2018, la agenda de convivencia social era externa a la gran mayoría de los partidos políticos.

El conservadurismo en la sociedad costarricense ha sido muy estudiado (Smith, 2006; Tapia *et al.*, 2015; Mora *et al.*, 2014; Díaz *et al.*, 2019). En el capítulo 7, Vega, Molina, Smith y Pérez lo estudian desde la psicología social. En concreto, el objetivo de dicho texto es estudiar el efecto del conservadurismo político en la intención de voto de la población costarricense durante la campaña electoral más reciente. El documento parte de una concepción de conservadurismo entendido como la combinación entre el autoritarismo de derecha y el respaldo a la dominancia o jerarquía social. Según las autoras y los autores, la conjugación de estas dos actitudes antidemocráticas, sumadas al rechazo a las élites políticas, favorece la emergencia de liderazgos populistas.

A partir de un análisis de conglomerados estadísticos, los investigadores identifican tres perfiles de ciudadanos con respecto a sus actitudes conservadoras: en primer lugar, los convencionalistas, es decir, los que prefieren estilos de vida tradicionales y valores cristianos. Al segundo grupo lo llaman conservadores punitivos, caracterizados por el carácter autoritario de las creencias sociales y un mayor apego a las jerarquías. El último grupo corresponde a sectores afines al progresismo y al liberalismo político, denominados liberales.

En el capítulo se estudia la evolución de las intenciones de voto de los tres conglomerados, evidenciándose una preferencia por los partidos tradicionales en todas las rondas, patrón que sólo se quiebra en los votantes liberales en la cuarta ronda, cuando son los partidos progresistas los que crecen y aglutinan el mayor apoyo gracias a un importante descenso de los tradicionales. Los autores destacan el notable ascenso de los partidos religiosos en todos los conglomerados a lo largo de la campaña.

Los análisis muestran que los convencionalistas y conservadores punitivos se inclinaron por partidos tradicionales y a la derecha al inicio de la campaña en medio de los escándalos de corrupción y un clima de inseguridad ciudadana. Sin embargo, cuando se dio a conocer la resolución de la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), el partido religioso atrajo las preocupaciones de esos sectores. El cambio en las preferencias ocurrió antes de la segunda ronda electoral, cuando ese bloque conservador se vio fracturado, y las personas que respaldaban posiciones convenciona-

listas prefirieron aliarse a los liberales, favoreciendo así el triunfo del PAC. Los convencionalistas vieron amenazadas sus creencias, que parece fueron más relevantes que las transformaciones de las formas de convivencia que implica la aceptación del matrimonio igualitario.

Los hallazgos revelan que, desde el punto de vista de las creencias sociales y las estructuras actitudinales, los conservadores no son un bloque homogéneo. Por tanto, en un escenario político tan incierto y volátil, es mucho más fácil para algunos sectores del electorado oscilar entre preferencias de voto radicalmente distintas.

En el último capítulo de este libro, Castelain, Guillén y Solís discuten un tema clave en esta coyuntura: los criterios con los cuales los individuos definen el voto, así como los procesos de razonamiento que subyacen a dichas decisiones. Estos aspectos son centrales en un contexto de preocupantes regresiones experimentadas por un número considerable de democracias en el planeta suscitadas sobre todo, pero no con exclusividad, por el apoyo a movimientos populistas y antidemocráticos.

El debilitamiento de las identidades políticas y partidarias (estudiadas en profundidad en el capítulo 4) tornan más vulnerables a los votantes a alternativas populistas, de distinto signo ideológico, que ofrecen soluciones mesiánicas al malestar con la política. En este texto, los autores abordan una paradoja: por qué ciudadanos en democracias consolidadas que manifiestan creer en ese sistema como el mejor posible, respaldan a partidos que atacan o cuestionan sus principios fundamentales. Los investigadores recurren a explicaciones de distintas disciplinas como las ciencias políticas, la filosofía, las ciencias cognoscitivas y la psicología cognitiva para examinar cuán racionales o irracionales pueden ser las decisiones de voto por parte del electorado, en circunstancias como las actuales, en las que no existe una fuerte identificación con los gobernantes o la población percibe que el sistema democrático no satisface sus necesidades.

Castelain, Guillén y Solís plantean que somos agentes respecto de nuestras decisiones y de las consecuencias de las mismas. Este supuesto los lleva a plantear si es posible la figura de un “no agente” que sea “racional”. En relación, los investigadores argumentan que la cuestión sobre la racionalidad del voto, o sobre la idea (mito) del votante racional, no es tan simple de explicar. No obstante, concluyen que el voto favorable al candidato presidencial Bolsonaro en Brasil, a Trump en Estados Unidos, al Brexit en Reino Unido o el voto desfavorable al proceso de paz en Colombia no son casos de “irracionalidad racional”. Se trata, según ellos, de actos de manipulación de la información (la desinformación), la instrumentalización de las personas y la tergiversación de la realidad.

En ese sentido, los medios de comunicación, las campañas políticas y la difusión de *fake news* están percibidos como los recursos más eficientes para la manipulación de poblaciones. Esta posición, ampliamente compartida en el campo de las ciencias sociales, se basa en la asunción de que los humanos son crédulos. De acuerdo con los autores, el éxito de los demagogos se deriva del hecho de que se vuelven la voz de las creencias y los deseos de las poblaciones, combinado

con una alta dosis de carisma. Además, los efectos de las campañas de desinformación y la propagación de *fake news* se deben también a sus contenidos (por lo general de naturaleza negativa, relacionados a amenazas), los cuales corresponden a preferencias evolutivas que las vuelven más atractivas desde el punto de vista cognitivo. Es decir, lejos de ser crédulos, los individuos muestran capacidades para evaluar el contenido del mensaje.

Según los investigadores, el común denominador de los modelos psicosociales es la premisa de una perspectiva individualista del razonamiento humano. Sin embargo, el capítulo plantea que el razonamiento se entiende mejor en el contexto de la evolución de la comunicación humana. De esta manera, la producción de argumentos tiene como objetivo convencer a los demás en un contexto interactivo y está caracterizada por un sesgo de confirmación. Por ende, para los autores, los dos factores principales que van a determinar los efectos de los mecanismos del razonamiento son la cantidad del diálogo y la cantidad de conflicto presente.

El texto concluye señalando que trascender los tradicionales esquemas del razonamiento que lo conciben como un acto estrictamente individual y, por consiguiente, proclive a errores de juicio e interpretación, es fundamental para acceder a una mejor comprensión del mismo.

Bibliografía

- Alfaro, R. (2019). *Divide y votarás*. San José: Programa Estado de la Nación.
- Díaz, J. A., Mora, S., Fajardo, J. M., Rojas, A., Pineda, A., y Amando, J. (2019). *Percepción de la población costarricense sobre valores y prácticas religiosas*. Instituto de Estudios en Población. Universidad Nacional.
- Mora, S., Kiewit, D. y Solís, M. (2014). Entre el apoyo a la democracia y el autoritarismo en Costa Rica. *Anuario de Estudios Centroamericanos* 40: 37-60.
- Smith, V. (2006). La psicología social de las relaciones intergrupales: modelos e hipótesis. *Actualidades en Psicología* 20(107): 45-71.
- Tapia, J., Rojas, M., y Villalobos, M. (2013). Fundamentalismo religioso entre Jóvenes Universitarios De Costa Rica: conservadurismo político y espiritualidad sin religión. *Revista de ciencias sociales*, (139).